

MI abuelo se jugó la vida a los dados con el diablo más allá del jardín. Esa es la historia que le gustaba contarnos a mi hermano mayor y a mí siempre que tenía oportunidad. Era la manera que había encontrado de salvaguardar el secreto de la familia, de que no rebasáramos cierto punto de aquella enorme y laberíntica biblioteca que nos había dejado en herencia. Libros acumulados a lo largo de toda su vida, algunos muy antiguos, la mayoría en español pero también encontramos varios en alemán. Nunca nos pusimos de acuerdo en si el abuelo lo había hablado, aunque sí sabíamos de su estancia en Berlín durante la Segunda Guerra Mundial. Pero de eso nunca se hablaba en la mesa, sobre todo porque papá era de izquierdas, significara lo que significara aquello. En cuanto a mamá, no creo que la política estuviera entre sus preocupaciones diarias. Bastante tenía con aguantar a un marido que no la valoraba como ella hubiera querido y a dos hijos que no paraban de meterse en líos. Demasiados hombres para una mujer tan frágil. Nunca lo dijo, pero sé que le hubiera gustado tener al menos una hija, que uno de nosotros hubiera sido niña, por aquello de compartir más intereses. Poca complicidad podía tener con nosotros más allá del encuentro a la hora de las comidas. Esa y la de proveernos de ropa limpia cada vez que aparecíamos por casa hechos unos cristos tras habernos dejado las rodillas en la gravilla de los descampados jugando al fútbol.

La casa donde estaba la biblioteca era una planta baja heredada de padres a hijos durante generaciones que había ido creciendo con la compra de los bajos aledaños, de ahí su estructura caótica. Cuando abrías una puerta no sabías muy bien con qué te ibas a encontrar, si con un armario o con veinte metros más de vivienda. En los últimos años, el abuelo había restringido su uso a unas pocas habitaciones, las más soleadas. Las mismas que mi hermano y yo frecuentábamos, dando de lado toda aquella parte de la casa que era oscura, poco ventilada y rendida al polvo, donde podías cruzarte con el diablo en cualquiera de sus rincones, pues ninguno de los dos lo reconocía, pero la historia del abuelo había calado en nosotros.

Lo más reconocible de la construcción era su gran jardín interior, que a modo de invernáculo descubierta albergaba una selva que crecía descontrolada. Allí se erguían muchos árboles tropicales cuyos nombres desconocíamos. Mamá decía que los había plantado el abuelo con las semillas que trajo de sus continuos viajes a Sudamérica, aquellas estancias de las que tampoco supimos nunca muy bien el motivo. El despacho de mi abuelo se encontraba atravesando el jardín, oculto tras la penumbra proyectada por el espeso follaje sobre todo el terreno. Jugábamos a imaginar que algún día encontraríamos el valor suficiente para llegar hasta él, abriéndonos camino con grandes machetes, como en las películas de aventuras que veíamos en el cine Merp y, una vez tuviéramos atado al demonio ese, le pediríamos explicaciones sobre qué significaba aquello de jugarse la vida de nuestro abuelo a los dados. En aquel despacho pasaba las horas muertas, leyendo y escuchando la radio, sin dejar entrar a nadie, ni siquiera a la chica que contratamos cuando dejó de valerse por sí mismo. Lo recuerdo con un libro en la mano y el sempiterno cigarro apagado en la comisura de los la-

bios. Le gustaba llevarlo por aquello de rememorar el sabor del tabaco, prohibido años atrás por el médico. Apenas recuerdo a mi abuela. Murió cuando yo tenía cuatro años. De ahí que cuando pienso en mi abuelo, la memoria me lo devuelva siempre solo. Sin embargo, sí recuerdo que nunca se llevó bien con papá. Quizá por los colores del corazón. Rojo decía que era el de mi padre. ¿De qué otro color podía ser? Por eso dejó escrita aquella cláusula en el testamento donde especificaba que él no tendría potestad alguna sobre sus bienes: la casa la cedía en exclusiva a sus dos nietos, o sea, a Ximo y a mí, y los ahorros de toda una vida a su hija, o sea, a nuestra madre. Nada para mi padre. Suficiente que no lo mató con su pistola en uno de los tantos encontronazos que tuvieron, la mayoría porque aseguraba que descuidaba a su hija y no la hacía feliz.